

Brillo de amor

Gilberto Urrutia

Si pensamos en algo tan común como lo es un bombillo de luz, tenemos que reconocer como una gran genialidad, que algo tan simple como es una ampolla de cristal con un delgadísimo filamento incandescente adentro, sea capaz de brillar con su propia luz.

Los seres humanos también somos capaces de brillar con luz propia, pero no con una luz deslumbrante, sino con un resplandor espiritual inherente del alma humana, con ese brillo de amor que se ve y se siente solamente con el corazón. Es esa una irradiación personal que emana desde el interior del cuerpo hacia afuera, y no tiene en absoluto nada que ver, con la anatomía ni con los rasgos físicos de la persona, ya que el cuerpo humano hace el papel de instrumento del alma, así como lo hace la flauta al sonar, cuando se sopla viento en ella.

A esa misteriosa energía espiritual, tratando de describirla se le ha dado varios nombres: gracia, donaire, encanto, atractivo, simpatía, espíritu, fascinación, dulzura, etc. Y muchos otros por facilidad, la llaman popularmente: un *nosequé*.

Es también el brillo de amor, el responsable anónimo de ese refrán que se refiere a ese hecho tan cierto y evidente, el cual la sabiduría popular supo captar de forma intuitiva y expresar magistralmente en la frase: *“la suerte de las feas, las bonitas la desean”*.

Lo importante aquí es recordar, que sí podemos resplandecer espiritualmente, que somos capaces de manifestar nuestras cualidades y virtudes, de amar, de lucir lo que somos y lo que tenemos de único e inimitable: el espíritu, el carácter, el modo de ser, es decir, nuestra personalidad; y que también, los que nos rodean son capaces de notarlo.

Refiriéndose a la gran influencia masificadora y estandarizante, que como bien sabemos, ejercen la crianza, las convenciones sociales y los medios de comunicación sobre las personas, el filósofo alemán Max Stirner (1806-1856) hizo la siguiente afirmación:

“Todo ser humano nace como original, pero la mayoría muere como copia”.

A primera vista, todos tenderíamos a estar de acuerdo con esa observación de Stirner, porque se trata de un hecho notorio, que las actuaciones y el aspecto exterior de un grupo social determinado, sean tan semejantes y se parezcan tanto unos y otros, que dan la impresión de ser copias.

Sin embargo, es muy importante aclarar, que esa afirmación se refiere exclusivamente a las manifestaciones exteriores de la vida de la gente, como: el vestuario, los estilos y modas, la educación elemental y formación profesional, las normas y códigos sociales, las costumbres, etc; y por lo tanto, resulta ser una deducción incompleta, porque sencillamente en esa observación, falta la otra mitad del ser humano, su dimensión espiritual, su alma; a la que bien se podría llamar la ilustre desconocida, ya que siempre es injustamente menospreciada e ignorada, así como sucede con el lado oculto de la luna, el cual nunca se deja ver desde la tierra, pero que está siempre allí.

Cada individuo es un ser original, tanto al nacer como al morir. Incluso los gemelos univitelinos, que son tan idénticos en su aspecto físico y que parecen ser verdaderas copias, son únicos e irrepetibles.

Desde su nacimiento cada individuo tiene su carácter y personalidad propia, la cual se va desarrollando y moldeando en el transcurso de la vida según sus íntimas vivencias y experiencias personales en su hogar, en el trabajo y en la sociedad.

Ese proceso de cambio o alteración, por el que pasa ese ser natural y original que es el niño al nacer, a ese ser adulto tan adaptado y diferente posteriormente, el gran escritor cubano José Martí lo describió en esta forma dramática y rotunda:

“Mas cuánto trabajo cuesta hallarse a sí mismo! El hombre, apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es alimentada.

No hay más difícil faena que ésta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatal; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas, los que antes de él han venido. So pretexto de completar al ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie junto a su cuna, con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan, y lo enfajan y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado.

Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos.

Las convenciones creadas deforman la existencia, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente.

El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Toca a cada hombre reconstruir su vida: a poco que mire en sí, la reconstruye.”

Independientemente de todo lo bueno y malo que hayamos aprendido, vivido y sufrido durante nuestra vida, muy adentro en lo profundo de nuestra alma, tenemos igual que el bombillo, un filamento encendido de donde surge la llama de nuestro espíritu, de donde emana la energía de nuestra vida, la cual por su gran fuerza y potencial, más que un filamento es en realidad un filón o una veta, al que yo he decidido llamar: nuestra alma de niño.

Como sucede normalmente en los yacimientos auríferos bajo la tierra, en que las vetas de oro se encuentran por lo general incrustadas y aprisionadas entre innumerables capas de materiales rocosos, algo similar sucede con el alma de niño, ese niño auténtico, espontáneo y original que una vez fuimos.

Nuestra alma de niño también está cubierta de muchas capas de vendas de todo lo aprendido y añadido durante años por obligación, primero en casa con nuestros padres, después en la escuela y en el trabajo con los demás, en donde se nos exigió adaptarnos a las demandas del medio y corresponder las expectativas ajenas.

Como no podíamos desobedecer ni tampoco fallar, aprendimos a actuar buscando siempre el aprecio y la aprobación de los otros.

Con el pasar de los años, ese papel que hemos aprendido por medio de nuestra actuación y con el cual nos esforzamos por vivir, es el rol en que nos conocemos a nosotros mismos, y así hemos ido construyendo, sin saberlo, una identidad disociada: el adaptado por fuera y el original por dentro.

Al hacernos adultos nos fuimos desconectando de nuestra alma de niño, dejamos de vivir de nuestra fuente natural y acabamos por depender de las fuentes externas, primero de los padres y después del mundo exterior.

Son precisamente esas capas de vendas del adulto adaptado, las que dificultan que el filamento encendido del alma de niño original, brille de amor en todo su esplendor.

Sin excepción alguna, todos seguramente anhelamos ser originales y no copias, por eso siempre tratamos de destacarnos de los demás, por no querer ser uno más del montón.

Pero el gran impedimento para lograr ese ideal, está en el hecho de que la originalidad la buscamos fuera de nosotros, la buscamos donde no está, la buscamos en el mundo exterior, donde la gran mayoría de la gente busca y espera en vano, poder también encontrarla.

Mientras sigamos buscando en las fuentes externas (ropas, joyas, maquillajes, conocimientos, deportes, pasatiempos, culturas, cirugía estética, etc.) el brillo que nos haga perfilarnos como originales, más nos pareceremos a los demás, más daremos la impresión de ser copias.

Como lo dije antes, la veta de nuestra originalidad, del amor puro, del contentamiento duradero, de la paz interior y de una vida plena; está dentro de ti en tu alma de niño.

Muy bien y en su propio estilo lo dice Martí en su texto, que el primer trabajo del hombre y la mujer adaptados es reconquistarse, es hallarse a si mismos, es volver a nutrirnos de nuestra fuente natural.

“Mas cuánto trabajo cuesta hallarse a si mismo!”, afirma Martí sabiamente y añade después *“Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza....”*.

Así como no es fácil extraer el oro de las vetas que se encuentran en la tierra dura y profunda, tampoco será fácil reconquistarnos y hallar nuestra alma de niño entre tanta capas de vendas que nos han puesto. Pero pregunto: ¿qué tesoro es fácil de encontrar?

Además sabemos bien, que todo lo que es realmente valioso en la vida, es muy difícil de alcanzar.

Lo único que hace falta es la voluntad de conocernos interiormente, querer hallarse a sí mismo, desear escuchar la voz de tu alma de niño y tomarla más en cuenta.

Y para eso no hay recetas, porque cada individuo tiene su propio mundo interior, su propia conciencia, sus propias vivencias, y por lo tanto tiene que hacerlo él o ella misma.

Sin embargo, existe un solo Ser que nos puede ayudar en la tarea: nuestro Dios Todopoderoso.

Eso lo hizo el Rey David en sus clamores a Dios, los cuales quedaron plasmados eternamente en los Salmos para la historia y para los creyentes:

***“Señor, tú me sondeas y me conoces
Sondéame, Dios mío, y penetra mi interior; examíname y conoce lo que pienso;
observa si estoy en un camino falso y llévame por el camino eterno.”*** Salmo 139

Muchos años después de David, nuestro señor Jesucristo dejó como legado eterno en sus enseñanzas y su Palabra, un maravilloso hilo conductor que tenemos que seguir para poder encontrarnos y encontrarlo a él: el amor verdadero.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Mateo 22, 37-39

En mi caso particular, yo creo firmemente en Dios y en su amor hacia nosotros, ya que él es el creador y la fuente universal del amor espiritual.

Por eso, estoy convencido de que el amor espiritual o amor puro es la clave.

Como en todo amor incondicional bien entendido, en su principio y en su fin, se busca uno mismo, es decir, al amar sin condiciones a alguien te hallas a ti mismo, ya que hallas el ser amante en tí, ése que es capaz de amar espiritualmente y sin esperar nada a cambio, que no es otro que tu alma de niño: la portentosa fuente de tu brillo de amor.